

## La amistad dentro y con la familia. La amistad natural entre los esposos.

Por **Michael Pakaluk**

Traducido por José Merediz

Con éste comienza una serie de cuatro ensayos sobre la naturaleza de la amistad *dentro* de la familia y cómo esa amistad debiera extenderse hacia fuera de la familia, llegando a toda la sociedad y constituyendo la virtud conocida como “solidaridad”. Como consideramos a la familia como el germen necesario de la solidaridad, podríamos decir que esta amistad, *externa* a la familia, sin embargo, *incluye* a la familia.

*Teoría: El matrimonio es una amistad natural*

Se dice que la familia es la “célula básica” o un “elemento constructivo” de la sociedad. Lo que esto significa es que los seres humanos no existen por sí mismos (sino por la unión de un hombre y una mujer los que, al ser los causantes de la existencia de un niño, se vuelven responsables por su crianza, con lo que, *ipso facto*, se constituye una familia rudimentaria) ni tampoco llevan a cabo como individuos las actividades de la vida ordinaria.

Que la familia cumpla con este papel no es porque los seres humanos lo hayan planeado o se hayan puesto de acuerdo para hacerlo; más bien sucede a causa de la lógica interna del amor entre un hombre y una mujer y por el hecho de que tal amor tiende a ser fructífero. Así pues, la familia existe “por naturaleza” y es anterior aun a la sociedad política, ya que hubo familias antes que estados y gobiernos y, propiamente hablando, se gobierna sobre familias, más que sobre individuos. Entonces, la familia es la “célula básica” de la sociedad porque tal es la intención de la naturaleza.

El viajar en avión y ver las poblaciones allá abajo es ver vívidamente la confirmación de esta verdad. Lo que uno ve principalmente desde el aire son conjuntos de *casas*. No se ven cuevas o agujeros de ermitaños, ni moradas tipo “caseta telefónica” donde vivan “individuos”, sino casas y viviendas. Tomemos a la casa como la representación física de la familia: la civilización material se divide en viviendas y la sociabilidad humana básicamente se divide en familias y cada casa representa al hombre y la mujer que se enamoraron y fundaron una unidad distintiva de la sociedad humana.

De este modo, la sociedad depende de las familias ya que está constituida por estas unidades básicas. Y las familias dependen del amor entre los esposos. Deseamos, pues, examinar este amor para ver cómo debe ser si es que va a desempeñar su rol en el tejido de la sociedad.

Nótese que este enfoque es el opuesto al que usualmente se aplica en la sociedad moderna. Normalmente, la gente comienza por considerar que lo que ellos piensan contribuye a su “bienestar individual” y a sus “intereses” y luego se preguntan si, y hasta

qué punto, el matrimonio y la vida en familia les pueden ser útiles. Pero cualquiera que sea su noción de “bienestar individual” están tomando el camino equivocado. Lo que contribuye al bien de cualquier cosa depende de qué clase de cosa se trate. Si se trata de un ser humano que, objetivamente y por naturaleza, debe desempeñar un cierto rol en una sociedad, entonces no hay nada que separe a su “bienestar” de su rol. Si una célula del cuerpo humano pudiera pensar, no podría sacar conclusiones acerca de su “bienestar” excepto por el estudio de su papel como parte de un tejido o de un órgano y de su contribución a la salud del cuerpo. De una manera similar, si los seres humanos son naturalmente sociables, entonces el bienestar de cada individuo en esencia incluye su contribución al bien de la sociedad de la que forma parte.

Suponemos que la base de cualquier cosa debe ser tan fuerte como los elementos que la componen. Una familia tiene como base el amor entre los cónyuges y está constituida por lazos de sangre. Por lo tanto, el amor entre el marido y la esposa debe ser por lo menos tan fuerte como los lazos de sangre. Pero los lazos de sangre son incondicionales e indisolubles. Son incondicionales porque el amor por alguien “de la misma sangre” continúa, o debiera continuar, aun si la otra persona se comporta mal. (El amor debe continuar aun si ciertas acciones deben detenerse o si las circunstancias cambian como, por ejemplo, el caso de un pariente alcohólico a quien seguimos amando aunque le pidamos que abandone el hogar.) Son indisolubles porque la relación por la sangre permanece para siempre, no es algo que se pueda cambiar. Como conclusión, el amor entre los esposos debe ser incondicional e indisoluble.

Llegamos a esta conclusión simplemente considerando cómo debe ser ese amor para cumplir con el papel que le otorga la naturaleza. Una familia constituida por lazos de sangre debe tener como fundamento una relación por lo menos tan fuerte como tales lazos, si es que la sociedad debe tener integridad. Consideremos los átomos en el mundo físico: las “grandes fuerzas” que mantienen unido el núcleo son, y deben ser, más fuertes que las fuerzas eléctricas del átomo; de no ser así, el átomo se separaría y se disolvería y las sustancias materiales no tendrían ni permanencia ni solidez. Nuevamente consideremos la imagen de la sociedad humana que percibimos desde un avión y pensemos en el desorden que habría en nuestros pueblos y ciudades si las casas, representaciones físicas de la familia, tendieran a deshacerse porque sus paredes no estuvieran tan fuertemente unidas entre sí como lo están con las cosas externas.

La base de alguna cosa no sólo tiene que ser *tan fuerte* como sus componentes, sino que su carácter debe también estar en *armonía* con el de tales componentes. Los lazos de sangre “se irradian hacia fuera”, por así decirlo: tenemos el mayor afecto por aquellos con quienes tenemos lazos de sangre más fuertes y, similarmente, tenemos un afecto más débil entre más lejano es el parentesco. Podemos mencionar este fenómeno simplemente para enfatizar el *debilitamiento* del afecto; por ejemplo, el afecto entre primos es generalmente más débil que entre hermanos. Igualmente, podemos mencionar este fenómeno para subrayar la “*irradiación hacia fuera*” del afecto; por ejemplo, el principio mismo que lleva a los hermanos a tener afecto entre ellos, es el que nos lleva a tener afecto por nuestros primos segundos. Por lo tanto, los lazos de sangre son notables porque nos conducen a sentir afecto (incondicional e indisoluble en sí mismo) por

aquellas personas que se encuentran lejos de la esfera inmediata de nuestros intereses, asuntos y actos.

Pero, si esto es lo que es una familia y la relación entre cónyuges es la base de ella y, por lo tanto, parte de ella, entonces la relación entre esposos, en su naturaleza y lógica interior, debe ser igualmente expansiva e ir más allá de sí misma. Quizá hayamos visto fotografías de reuniones familiares en las que aparecen varias generaciones de una misma familia: los abuelos de cabello blanco, rodeados por sus hijos, sus nietos y hasta sus bisnietos. Sostenemos que este tipo de fotografías capturan algo de lo que es verdadero en cualquier ejemplo de amor marital –aún en aquellos casos en los que no hay descendientes. La vieja máxima de los neoplatonistas, *bonum diffusivum sui* (la bondad se extiende por sí misma) se aplica al amor en el matrimonio por encima de todos los amores humanos.

El amor entre marido y esposa, considerado como una relación que ocurre naturalmente, - una “institución natural”- es entonces incondicional, indisoluble y de proyección externa. Estas características pertenecen al matrimonio visto como una amistad natural y no son privativas de ninguna concepción religiosa específica. Aún más, son “objetivas” y “preexistentes” para nosotros. No somos libres para hacer caso omiso de ellas y no somos totalmente libres para modificarlas. Casarse es reconocer públicamente y aceptar la naturaleza objetiva de tal relación. Es como decir: “Deseamos, por este acto voluntario, poner nuestra relación dentro de la clase de amistades que ocurren naturalmente entre un hombre y una mujer: incondicional, indisoluble y fructífera. Al hacer esto, nos proponemos ser fieles a tal naturaleza, que no fue ni creada ni diseñada por nosotros”.

Decir que tal relación tiene *naturalmente* estas características no es decir que las tiene necesaria o inevitablemente, sino que sólo podemos hacer de cuenta que no las tiene en el corto plazo y a través de la violencia y que esta acción nuestra no conducirá a beneficios generales en el largo plazo. Consideremos, como una analogía, el uso de la mano derecha. El hecho de que alguien sea diestro es el resultado de un proceso natural y no algo que se haya decidido o elegido. Sin embargo, no es necesario que una persona que usa la mano derecha, crezca siendo solamente diestra, ya que se le puede capacitar para usar la mano izquierda también. (De importancia es que, sin embargo, no tendríamos éxito en volverlo zurdo *en lugar de* diestro). Pero sería generalmente inútil capacitar a un diestro para usar su mano izquierda, ya que se requeriría un esfuerzo constante que, por ineficiente, no daría buenos resultados.

Las virtudes de una cosa están relacionadas con las funciones de la misma: una virtud es una característica que permite a cierta cosa hacer bien un trabajo específico. Por ejemplo, la función de un cuchillo es cortar; por lo tanto, las virtudes de un cuchillo son las características que un cuchillo debe tener para cortar bien. Éstas incluyen filo, rigidez y seguridad. Si la función de la amistad natural entre los cónyuges es la de servir de base incondicional, indisoluble y de proyección externa para la familia, entonces las virtudes del esposo o la esposa –la forma en que deben actuar y vivir- estarán implícitas en las características que cada uno de ellos debe tener para cumplir bien con su papel en la relación.

*Práctica: El noviazgo revela lo que será el matrimonio*

Lo que hace que la amistad natural del matrimonio funcione bien se revela en el noviazgo. Lo que se produce en él se conserva: si el noviazgo da lugar a una relación, también la preserva y la fortalece. Es común que la naturaleza inicialmente proporcione motivos fuertes para una tarea que después son retirados y reemplazados por motivos más calmados pero más estables y persistentes: si se pretende tener éxito, el entusiasmo inicial debe ceder su lugar a la perseverancia; en la ciencia, la natural curiosidad infantil debe convertirse en los hábitos metódicos de un científico. En general, la regla es que al principio nos “dejamos llevar” por motivos que más bien son emociones. Nos gustan porque son genuinos, los consideramos como equivalentes a una guía divina porque son casi irresistibles. Pensamos que vivimos más intensamente y más plenamente cuando simplemente nos abandonamos a ese tipo de vida; pero tales motivos naturales sólo sirven para darnos un anticipo que más adelante fructificará por medio de un compromiso de la voluntad, de un gran esfuerzo y de las dificultades. Por esto, el noviazgo presenta a la pareja, al principio de su relación, una imagen a la que ellos deben tratar de ajustarse continuamente.

¿Pero, qué es lo que distingue al noviazgo? ¿Qué es eso que encontramos solamente en él? ¿Qué es lo que tan sorprendente y fácilmente representa?

No podemos hacernos estas preguntas sin considerar que pocas parejas gozan de un período de noviazgo en la actualidad. Esto es problemático por dos razones. La primera es que con la decadencia del noviazgo vemos que también hay un declive en cualquier elemento de intención y de voluntad en el origen de una relación. Nuestro propósito no era el de sugerir que los motivos iniciales son sólo emociones, no lo son. Al principio de una tarea nos sentimos *llevados* por las emociones y las emociones nos *facilitan* el hacer lo que creemos que es lo mejor. Sin embargo, nuestra acción no es solamente emocional, ni es carente de intención.

Todo esto es importante cuando, más tarde, miramos ese período inicial como una especie de modelo para nuestros actos. Si ese período contiene en sí un elemento o un marco de intención, entonces nuestros esfuerzos posteriores, necesariamente más deliberados, pueden imitar tal modelo más fácilmente, en tanto que si el modelo es sólo un despliegue de emociones, entonces contiene poco de lo que podríamos imitar con certeza más adelante. El noviazgo da un molde de intención a la emoción del enamoramiento, de manera que más tarde podamos imitarlo, mediante nuestros esfuerzos deliberados, para permanecer enamorados. Si en el noviazgo la emoción provoca un comportamiento deliberado, en el matrimonio tal comportamiento provoca una emoción. Las parejas que no se cortejan se privan de una imagen apropiada de lo que su matrimonio será más tarde.

La segunda razón es que el noviazgo atrae la atención hacia el acto esencial del matrimonio. En un matrimonio, cada persona se entrega a la otra. (Decir que el

matrimonio es incondicional es decir que la entrega de cada uno es gratuita y no está condicionada a la entrega del otro, de manera *quid pro quo*. Decir que es indisoluble es decir que la entrega es completa, sin la posibilidad de echarse para atrás. Decir que es de proyección externa es decir que la entrega es procreadora, si no de hecho sí en intención o posibilidad.) En consecuencia, el noviazgo contiene una muestra de compostura por parte de cada uno, mediante la calma, la delicadeza, la modestia y el control de sí mismo, ya que quien no tiene dominio de sí mismo no puede realmente entregarse. Además, incluye gestos repetidos por los que uno reconoce la calidad de regalo del otro: que es gratuito (de aquí la importancia de las “proposiciones” en el noviazgo”), que es valioso (de aquí la importancia de las expresiones de admiración) y que, si se da, se da sin restricciones ni condiciones (de aquí la necesidad de las declaraciones de que uno no es digno del otro y la renunciación al abandono) Así pues, las parejas que fallan en el noviazgo fallan de hecho en su correcta y valiosa preparación para el “intercambio de regalos” que lleva directamente a lo que es el gran “pecado” contra el matrimonio, que es el de dar por garantizado al otro cónyuge.

Entonces, ¿qué es lo distintivo del noviazgo? Precisamente esos hechos que expresan la facilidad en este dar y recibir de la otra persona como un regalo. (Por supuesto, en el noviazgo propiamente dicho el regalo se da y se recibe sólo como un adelanto, puesto que la relación no se ha consumado. Lo que sirve como signo de *adelanto* en el noviazgo, sirve también como *testimonio* en el matrimonio.) Esto incluye

1. *Pasar el tiempo juntos y hablar con sinceridad.* Un ser humano es lo que es su corazón y es a través de una conversación sincera que compartimos con otra persona lo que hay en nuestro corazón. En el noviazgo esto es espontáneo e irresistible: la pareja profundamente enamorada hasta tiene que tratar de limitar el tiempo pasado juntos, so pena de agotamiento por falta de sueño. En el matrimonio marido y mujer deben, más bien, trabajar para comunicarse sinceramente. Para esto, deben tener cuidado de separar tiempo, cotidianamente, para poder hablar. Deben tratar de no hablar solamente de asuntos prácticos (horarios, finanzas, problemas) que poco tienen que ver con lo que hay en el corazón (a este respecto, será de gran ayuda una vida interior e intelectual nutrida por la lectura, la meditación y la oración). Deben especialmente durante todo el día tratar de evitar las recriminaciones y acusaciones que pueden causar que el otro levante muros de protección que impiden el flujo de los pensamientos en ambas direcciones.

2. *Complacerse en la voluntad del otro.* Si la conversación sincera tiene que ver con el corazón, la complacencia tiene que ver con la voluntad. Es notable cómo los gustos de uno durante el noviazgo dependen de los del otro. En el noviazgo la fórmula es: “Si a ti te gusta, a mí me gusta”. Ésta es una reacción espontánea e inevitable. Casi instintivamente, como una manera de acercarnos a la persona de la cual estamos profundamente enamorados, adoptamos sus hábitos y preferencias. Pero en el matrimonio, lo repetimos, se requiere un esfuerzo que, sin embargo rápidamente se hace fácil. Hay varias razones por las que la complacencia se vuelve difícil en el matrimonio. A causa de las dificultades en la vida doméstica, especialmente en la crianza de niños, los cónyuges se ven como fuente de consuelo, pero esto está muy cerca de esperar que las preferencias de uno sean satisfechas antes que las del otro –la antítesis de la complacencia. Es también común que

el esposo, puesto que tiene la última autoridad para decidir la aplicación de los principios morales en el hogar, abuse de su autoridad y quiera aplicarla, ilícitamente, en asuntos en los que no están involucrados los principios morales y cuando el ejercicio de tal autoridad no es necesario. En el caso de la esposa, quizá un problema más común es que ella pone, erróneamente, más énfasis en su sacrificio por sus hijos que en atender los gustos de su marido; o queda tan cansada después de atender a sus hijos que el sacrificio requerido para tratar a su esposo le parece casi imposible.

3. *Delicadeza y refinamiento para dar lugar a la libertad del otro.* Como dijimos, en el noviazgo tanto el hombre como la mujer tienen un profundo respeto por la libertad del otro. El noviazgo es probablemente la relación humana más equitativa, pues aunque el hombre y la mujer busquen su felicidad, cada uno ve al otro completamente libre para darse, o para no darse, como regalo. Con el tiempo, no tanto a causa del matrimonio sino más bien a causa de la tendencia al desorden en la relación hombre-mujer (recordemos la “maldición” del Génesis: “...y buscarás con ardor a tu marido que te dominará.”) la delicadeza y el refinamiento se ven en riesgo. El esposo debe combatir la tendencia a dominar a su mujer y a adoptar una posición de superioridad uniforme (muy diferente a su legítima autoridad para conducir) mientras que la esposa debe evitar una especie de sometimiento a su marido, que ella considera como su “destino” o su “sentencia”.

Todo lo dicho sirve para describir brevemente la naturaleza y las principales características de la amistad natural entre marido y mujer. Pero hay otros dos asuntos de gran importancia que, por su naturaleza, aparecerán después del noviazgo y como consecuencia de éste. Primero, ¿cómo deben tratar los cónyuges los defectos que descubren en el otro (que con frecuencia se esconden o se compensan durante el noviazgo) o los daños que se causan mutuamente? Segundo, ¿exactamente de qué manera sirve la amistad entre ellos, y su complementariedad, como modelo para sus hijos, de manera que sea válido decir que la buena relación entre ellos es el mejor regalo que pueden darles?

Trataremos estas dos cuestiones en el segundo ensayo de esta serie para de ahí pasar a la amistad entre padres e hijos y, finalmente, a la expansión de esa amistad hacia la sociedad en general, en la cual se inserta.